



Empezaré por el principio: a mí no me gustaban los libros; es más, puedo decir que los odiaba. A lo largo de mi infancia y gran parte de mi adolescencia, los libros no constituyeron para mí sino meros objetos susceptibles de ser encuadernados. Mi único contacto con estos «destilados de la civilización humana» —como alguien ha dejado dicho—, era para arrancarles las tapas y deshojarlos con indisimulada fruición. En estos menesteres puedo asegurar que llegué a adquirir una práctica inigualable para mis cortos años. En unos minutos podía dejarlos convertidos en un montón informe de papeles sueltos y arrugados. Nunca he llegado a saber la razón de tal ánimo destructor, y habría que remontarse a recónditos y oscuros pliegues de la mente para intentar sacar alguna explicación con ciertos visos de plausibilidad.

Desconozco, pues, la razón o razones de tal conducta, pero puedo asegurar que mi animadversión por los libros en los primeros años de mi existencia es un hecho del que podrían dar cuenta, si pudieran, numerosos ejemplares mutilados de la biblioteca de mi casa, así como los miem-

bros de mi familia que, sabedores de mi fobia, procuraron —he de reconocer que con poco éxito— dejar fuera de mi alcance todo aquello que a mis ojos infantiles pudiera ser identificado como libro o afín. Años después, cuando en un giro radical mi instintivo odio a los libros habíase ya trocado en cálido afecto por ellos, traté de buscar alguna explicación a tan irracional proceder, pero por desgracia no hallé ninguna que fuera medianamente aceptable. Tan sólo acerté a colegir una posible causa remota en la empedernida afición que mi madre tenía por la lectura. En efecto, mi madre —que en paz descansa— era una señora sumamente aficionada a leer todo tipo de libros, especialmente los considerados edificantes o devotos, tales como vidas de santos y novelitas morales. Pasaba mi madre largas horas engolfada en dichas sacras lecturas, y en la época en que se hallaba grávida de quien, a su debido tiempo, habría de ser el que esto escribe, tuvo la ocurrencia de fortificarse con la *Vulgata*, en la versión del padre Scio: un grueso mamotreto infolio, de gruesas tapas de pasta marbreada y letra menuda y revesada. Seguramente nada habría ocurrido —nada que pudiera afectarme a mí, se entiende— si mi madre no hubiera tenido la costumbre de leer apoyando cómodamente el volumen, a modo de facistol, sobre su prominente vientre, mientras yo iba creciendo como podía en su seno, sintiendo cada vez más el peso agobiante de la cultura y, en especial, de la llamada cultura impresa. En los últimos meses de gestación mi madre tuvo el buen sentido (quizá la atención) de cambiar de libro de cabecera y dedicarse a otros ejemplares de menor formato y más ligero peso. Y así fue como vime seguido de cerca por diversos artefactos literarios, tales como *El hombre feliz*, del padre Teodoro de Almeida; *El viaje de Anacarsis el joven por la Grecia*,

del abate Barthélemy; *Las máximas eternas*, de S. Alfonso María de Ligorio; *Las tardes de La Granja*, de Ducray-Duminil; *Las veladas de la Quinta*, de la condesa de Genlis; *Óscar y Amanda*, de miss Roche; *El idioma de la religión*, del marqués de Caracciolo; *El nuevo Robinsón*, de Campe, y *Las madres de familia*, de Bouilly, entre otras interesantes e instructivas obras.

Hasta el último momento mi madre mantuvo íntegra su enorme capacidad de lectura. De hecho, las primeras señales anunciadoras de que el parto se avecinaba, y con él la salida de un servidor a este valle de lágrimas, coincidieron con la lectura que cotidianamente reservaba al *Año Cristiano*, del padre Croisset, en la clásica y castiza versión del padre Isla; correspondiente aquel día al tomo del mes de febrero, jornada novena, festividad de San Nicéforo, mártir de Antioquía; de los santos obispos Ansberto y Sabino, obispos de Ruán y Canosa, respectivamente; de los santos mártires Ammonio, Alejandro, Primo y Donato, y del glorioso triunfo de Santa Apolonia, virgen y mártir.

¿Pudo ser, pues, que mi aversión se hubiese incubado siendo yo un nonato y que una vez nacido no hiciese más que obrar en consecuencia de la misma, como venganza por el sojuzgamiento sufrido por tanto librote pesado? Dudo mucho que esta explicación —más bien especulación— pueda tomarse en serio, pues hay que pensar que el mundo de las actitudes y comportamientos humanos es extraordinariamente escurridizo y complejo y que muchas son las cosas que permanecen aún inexplicables a las luces de la razón y de los conocimientos científicos actuales.

A medida que fui creciendo, sin embargo, mi fobia libraria fue menguando hasta apaciguarse casi por comple-

to. Sólo de tarde en tarde, si se me presentaba la ocasión y caía algún ejemplar nuevo en mis manos, reverdecían mis antiguos instintos biblioclastas y volvía a dar cuenta de ellos. Mas he de confesar, a fuer de sincero, que cada vez me interesaba menos el destrozo por el destrozo y en cambio procuraba emplear mis energías sobrantes en otras actividades más inocuas y aserenadas. Poco a poco, pues, pero ineluctablemente, mi primitiva aversión fue atemperándose hasta alcanzar una apacible indiferencia.

El caso fue que, sin apenas percatarme de ello, llegó un día en que dejé de interesarme por los libros; ni los deseaba ya para destripar, ni tampoco los quería para leer. He de decir, no obstante, que gran parte de la culpa de este desapego la tuvieron mis progenitores, pues en cuanto vieron que mis habilidades iban en franco detrimento de sus pertenencias pusieron los ejemplares, a mis ojos más sugestivos, a buen recaudo, con lo que mi afán por averiguar cómo eran éstos por dentro —por decirlo de alguna manera suave y cortés— declinó de forma vertiginosa por falta de buenos materiales con los que experimentar.

Mi entrada en la edad escolar no cambió mucho las cosas, ya que, al margen de los inevitables catecismos, cationes, historias sagradas y manuales de urbanidad, se manejaban muy pocos libros, y éstos eran de una confección muy de batalla. Por si fuera poco, habían sido ya severamente fatigados por las manos de los anteriores propietarios, de forma que bien parecía que hubiesen sufrido los rigores del otoño, tantas eran las hojas que les faltaban. Además, sus insulsos y blandengues textos, del tenor de la *Moral Universal de la infancia*, de Berquín, carecían de todo atractivo. De modo que ni siquiera me molesté en desgusarlos, dejándolos, ante el asombro de mis allegados, en el

mismo estado lamentable en que me los entregaron. Ahora bien, muy posiblemente mi relación con los libros no hubiese cambiado mucho con los años venideros si no hubiesen acontecido unas cuantas circunstancias que terminaron por cambiar drásticamente mi *modus vivendi*.

Hacia 1810 hubo en Barcelona, mi ciudad —ocupada a la sazón por los franceses—, un aciago brote de cólera que mermó a un sector nada despreciable de la población. Una de las primeras víctimas de la plaga fue mi padre.

Mi progenitor —del que conservo muy pocos recuerdos— era un hombre muy ocupado, que pasaba más tiempo fuera de casa que dentro de ella, y siempre estaba como de paso, yendo y viniendo. Todavía recuerdo con cierta nitidez el sonido de su voz altisonante, dando órdenes oportunas a lacayos y palafreneros antes de sus partidas, mientras en el zaguán oíase el repiqueteo de los cascos de los caballos sobre las losas y el chirriar de las llantas de hierro de los carruajes...

Era, según he llegado a saber, un hombre importante, ciudadano honrado y miembro notable de la Junta de la Casa de Caridad, y de otras importantes cofradías y corporaciones. Pues bien, en una de sus salidas debió de pillar el morbo, y no sólo no se le pudo salvar la vida, a pesar de los esfuerzos de los médicos, sino que le contagió la dolencia a su señora esposa, mi madre, quien le había atendido abnegadamente todo el tiempo en su lecho de dolor. Y así fue como en un breve intervalo de tiempo quedeme huérfano, siendo acogido por el tío Hipólito, mi padrino, que desde entonces pasó a ser también mi tutor. Yo contaba a la sazón catorce años.

Aquello supuso para mí una mudanza radical en mi vida, hasta entonces bastante tranquila. La casa de mi tío

se hallaba sita en la calle de la Portaferriſſa, esquina a la de Bot, y era un viejo caſerón del ſeiscientos, algo deſtartalado, pero con una fachada barroca no exenta de interés. Cuando entré por primera vez en ella no podía imaginar —porque nadie es adivino de ſu propio deſtino— que aquel lugar, desconocido para mí, iba a ſer el eſcenario de un vuelco crucial en mi existencia, en eſpecial por lo que a mi relación con los libros ſe refiere.



Mi tío Hipólito era un hombre de mediana edad, soltero, de grave juicio, buen natural y educadas maneras. Gozaba de una holgada posición, producto de sus buenas rentas, y le gustaba vivir rodeado de libros y de perros. Ni los unos ni los otros eran santo de mi devoción cuando entré a vivir en su casa. A los primeros he llegado con el tiempo a apreciarlos y amarlos, incluso en demasía; en cuanto a los segundos, he de reconocer que aún no he cambiado de postura.

A diferencia de mi padre, mi tío apenas salía de casa, y pasaba la mayor parte del tiempo bien en su despacho, trabajando en sus cosas y en sus papeles, bien en la biblioteca, con sus amados libros. ¡La biblioteca de mi tío! Éste era, con mucho, el aposento más destacado de la casa. Recuerdo, al cabo de los años transcurridos, el efecto que me produjo y la emoción que me embargó al hallarme ante algo que nunca anteriormente podía haberme imaginado. Conservo una imagen vaga del resto de la casa, de sus dependencias y de lo que en ellas había; sin embargo, puedo rememorar con cierto detalle aquella sala espaciosa, ubica-

da en la planta baja, que albergaba, en palabras de mi tío, «un puñado de libros», lo cual significaba, en la realidad, unos cuatro o cinco mil volúmenes —nunca supe su número exacto, aunque doblaba el de la biblioteca de la Real y Pontificia Universidad de Cervera, según oí comentar en alguna ocasión—, llenando por entero y ordenadamente los plúteos de las estanterías. He de decir que nunca hasta entonces había visto tantos libros juntos, y que, en una ciudad sin bibliotecas públicas, una reunión particular de libros de esta cuantía no dejaba de ser sorprendente.

En el centro de la sala había una larga mesa de madera de caoba, con sus correspondientes sillas. Encima de la mesa había candelabros y algunos antiguos atriles. En la pared opuesta a la puerta de entrada había un ventanal, con vidrios aplomados de colores, que nunca se abría, pues mi tío era un maniático del polvo, sobre todo del que pudiera entrar en la biblioteca, y siempre tenía a alguno de sus criados ocupado sacándole brillo a los muebles y a los libros. Debajo de la ventana colgaba un retrato al óleo firmado por Artigas —discípulo de Viladomat— que representaba a mi tío a los treinta o treinta y cinco años, de pie, con una casaca de color verde, la mano derecha blandamente apoyada sobre una mesita con libros, a la izquierda cortinajes de damasco carmesí y fondo de arquitectura, boscaje y ruinas, un poco a la manera del gran Pompeo Batoni. Debajo del cuadro había un bargueño del siglo XVI donde mi tío guardaba algunos de sus *incunabula*, manuscritos ológrafos, códices miniados, pergaminos medievales y otros tesoros bibliográficos de altísimo valor. Encima del bargueño, un busto en mármol de Minerva, original de Campeny, parecía presidir la sala. El techo estaba decorado con pinturas alegóricas originales de Flaugier, muy al gusto francés.



La biblioteca estaba comunicada con otras dos estancias más pequeñas por sendas puertas: la una conducía a un pequeño salón, llamado «de Euterpe», en el que había un pianoforte marca Silbermann, y en donde se celebraba ocasionalmente alguna que otra *soirée* musical; la otra daba al «salón floreal», llamado así por los motivos con que estaba estampada la seda de color albaricoque que recubría sus paredes. Era este salón, de un encantador aire rococó, donde congregábanse los componentes de la más conocida tertulia de mi tío: la de los «filóbiblos» (todavía no se había popularizado la palabra «bibliófilo»).

Y fue allí, precisamente, donde por primera vez supe de la existencia de señores que no sólo no se contentaban con comprar libros y guardarlos en sus casas, sino que se dedicaban a cuidarlos y a mimarlos, gastándose, llegado el caso, verdaderas fortunas, y sintiendo por ellos una suerte de pasión irrefrenable que les convertía en sus incondicionales reverenciadores.

Cada martes, a partir de las siete de la tarde, se personaban en la casa unos cuantos caballeros, cruzaban ceremoniosamente la biblioteca, quitábanse sus sombreros al pasar por delante del bargueño y finalmente entraban en el saloncito floreal dispuestos a platicar, libre y amigablemente, de sus cosas.

Pronto llegué a sentir una viva curiosidad por aquellos tertulianos que, con tanto sigilo y no poco misterio, reuníanse a conversar acerca de los objetos de su veneración y por los que justamente había llegado yo a sentir tan poco respeto, sometiéndolos a persistentes y variadas injurias. Quería saber, ciertamente, las razones por las que se podía tener un sentimiento tan profundo y tan opuesto al que yo había manifestado durante años.

Fue mi tío —persona abierta y complaciente conmigo, pues me tenía en gran aprecio— quien a requerimiento mío dióme cumplida cuenta de tal afección. Poco a poco, y gracias a sus explicaciones y consejos, me fui introduciendo en el, para mí, insospechado mundo de los libros, de modo que cuando lo consideró oportuno —es decir, cuando en su recto criterio pensó que había ya en mí una suficiente y sana predisposición al respecto— me permitió asistir, primero sin voz, luego con ella, a la tertulia de los filóbiblos, con la intención —loable por su parte— de que me hiciera mi propia idea de las opiniones de los otros concurrentes, ya que a buen seguro, pensaba, habrían de serme de gran utilidad para mi futura formación como hombre de mundo.

El núcleo estable de los tertulianos de los martes era, básicamente, de cinco, sin contar a mi tutor. En ocasiones eran más, pues se adherían a la velada algunos de sus amigos de fuera, de paso por la ciudad. El primero en llegar siempre era don Bartolomé de Céspedes y Raurich, ingeniero militar, ex coronel del regimiento de zapadores minadores y edecán-consejero del capitán general. En aquella época se hallaba ya retirado y entretenía el tiempo traduciendo al castellano el tratado de castrametación de su colega Forest de Belidor, francés de ascendencia catalana.

Don Bartolomé tenía unos sesenta años, aunque aparentaba unos diez más, aspecto algo fiero, y era muy poco dado a la palabrería. Gran amante de las encuadernaciones suntuarias y de orfebrería, aborrecía lógicamente de las mentalidades «jansenistas» —que abogaban por la supresión de todo adorno o superfluidad—; de las ediciones «semidesnudas» —como motejaba a las encuadernaciones

en rústica y a la holandesa—; de los librotres cuerofílicos, con profusión de nervios de buey, bullones, cantoneras y cierres metálicos, al estilo gótico, y de las badanas adobadas al zumaque y jaspeadas a la caparrosa verde, o sea, vulgarmente «pasta española».

Para don Bartolomé un libro no era un libro si no estaba ataviado como debiera. Postulaba con vehemencia que la encuadernación no era un mero adorno o lujo superfluo, sino absoluta necesidad por la que el libro consigue su nombre y se hace digno de él. (En eso discrepaba con la tesis de Sebastián Mercier, furibundo adversario de la encuadernación suntuaria, el cual, cuando veía un libro encuadernado en tafilete le arrancaba las tapas, dejándolo en puros pliegos sueltos). «Un libro —solía decir Céspedes— es un texto a exornar». Su biblioteca, surtidísima, era un despliegue de libros soberbiamente guarnecidos. Algunos de los más bellos ejemplares que me ha sido dado contemplar los he visto en casa del coronel Céspedes. (Recuerdo, por ejemplo, su perfecto ejemplar del asombroso *Hypnerotomachia Poliphili*, del Colonna, estampado en Venecia por el célebre Aldo Manuzio en el 1499, con sus magníficas xilografías, su tipografía gótica y su encuadernación en pergamino de la época, con cejas).

Menos puntual, pero igualmente constante, era don Pascual Grassi. Hijo, nieto y biznieto de libreros, regentaba una tienda muy prestigiada y concurrida por gente notable en la calle de la Tapinería. En el mostrador de la librería se adquirían, por parte del público en general, los libros «normales» que iban apareciendo en el mercado, pero en la trastienda se hacían y deshacían todo tipo de transacciones y compraventas «especiales»: de raras ediciones difíciles de encontrar, de libros incluidos en el Índi-

ce de los prohibidos e incluso de procaces libros franceses *à figures*, con licenciosos y provocativos grabados. Manteníase también en la mencionada trastienda una tertulia que en no pocas ocasiones había servido de tapadera para entuchadas y conspiraciones de salón, las cuales, a decir verdad, no pasaron nunca del estadio estrictamente verbal de los buenos propósitos y las declaraciones de principios.

Grassi era muy miope, casi cegato, de modo que para leer, y aun a pesar de los gruesos anteojos que gastaba, aproximábase a los libros hasta casi tocarlos con la nariz, por lo que parecía a veces que hubiese trocado su cabeza por alguno de sus libros. Tenía, sin embargo, un sentido especial para «catar» los buenos ejemplares, y decíase que los reconocía más por el tacto y el olfato que por la vista. Era una persona de gran timidez. Su memoria era proverbial y podía recordar los más raros libros y sus sucesivas ediciones con suma facilidad. En esto era un repertorio bibliográfico viviente y los clientes recurrían a él como se recurre a las enciclopedias. Viudo desde hacía unos años, una de sus mayores penas era la de, siguiendo la tradición, no haber podido dejar el negocio a su único hijo, muerto prematuramente de viruelas siendo un infante. La otra gran pena era haber dejado escapar la oportunidad de hacerse por un precio de ganga con un ejemplar de la *Ópera* de Lull (impresa en Estrasburgo por Lazarus Zetzner en el 1598), sólo porque quien se lo ofreció no le merecía confianza.

Otro contertulio habitual era don Prudencio Casulleras, canónigo archivero de la catedral y hombre de temperamento sanguíneo y jovial, aunque algo agreste en el trato. Manteníase muy firme en sus ideas ultramontanas, pero era muy leal con sus amigos, fueran laicos o eclesiásticos, y

aunque parezca mentira, tolerante con las ideas ajenas; virtud esta última que si ya es rara en los tiempos que corren, mucho más lo era en aquellos otros, de triste recordación, en los que la más asilvestrada intransigencia y el fanatismo más ciego campaban por sus respetos, cobrándose víctimas en todos los frentes y ramas del saber humano.

Acostumbrado a hurgar entre legajos de vetustos pergaminos, manuscritos en vitela y antiguos códices en piel de venado, a Casulleras se le había ido desvaneciendo el color de la cara y a la luz de las velas su tez adquiría unos tonos cerúleos harto espectrales. Autor de un controvertido *Espicilegio medieval*, se le consideraba una autoridad en diplomática y heráldica, y mantenía desde hacía algún tiempo una contumaz, y en ocasiones acrimoniosa, polémica con don Próspero de Bofarull, del Archivo de la Corona de Aragón, con quien solía a menudo discutir por un quítame allá este protocolo.

Aunque sus múltiples ocupaciones ciudadanas y cargos anejos le impedían muchas veces asistir a la tertulia, don Cayetano Camprubí y Sala, barón de Montbell, era uno de los personajes más brillantes y polifacéticos de la misma. Seguidor de una añeja tradición familiar de hombres ilustrados, el marqués había estudiado humanidades en el Imperial y Real Seminario de Nobles de Nuestra Señora y Santiago, dicho también Colegio de Cordellas, para pasar luego a la Universidad de Cervera a cursar filosofía y leyes, doctorándose en ambas con los máximos honores. Era regidor perpetuo de la ciudad y miembro de número de diversas sociedades barcelonesas, entre ellas de la Academia de Buenas Letras (antigua «Desconfiada») y de la Sociedad Económica de Amigos del País y correspondiente de la Academia de la Historia de Madrid. Sus intereses eran

muy variados, y abarcaban numerosas y eruditas facetas. Distinguíase en especial en numismática y sigilografía. Su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Naturales y Artes de Barcelona, dictado en cuatro sesiones, versó sobre *La aportación de la epigrafía comparada al estudio de la cronología universal desde los más remotos tiempos a los actuales*, y fue educadamente bien acogido.

Por lo que a los libros respecta prefería, entre todos, los propios de sus especialidades, de los cuales hablaba con soltura, citando mucho y exprimiéndoles todo el jugo posible. No desdeñaba, empero, otro tipo de ediciones menos «utilitarias», pero de bella factura, de las que tenía en su biblioteca algunos magníficos ejemplos, la mayoría heredados de sus ancestros, grandes aficionados a las excelentes producciones de los *aldos* y de los *grolieres*, de los *griphios* y de los *plantinos*.

Finalmente, estaba Constantí. De todos los habituales de la tertulia de mi tío, éste era el personaje más raro y enigmático. El misterio empezaba por su nombre, pues nunca puede averiguar —y tampoco creo que los demás lo hicieran— cuál era su nombre completo, y si su apellido era verdadero o se trataba, por el contrario, de un apodo por ser natural de la homónima población tarraconense. Parece cosa cierta, sin embargo, que al morir sus padres, y habiendo heredado el patrimonio familiar, dejó al frente de las tierras a su hermano menor, marchándose a vivir su vida a Barcelona. Allí supo de la tertulia de los filóbiblos a través del librero Grassi, cuya tienda frecuentaba, pues disponiendo de los buenos productos de sus haciendas gastaba a espuestas los dineros en adquirir cuantos libros de clásicos griegos y latinos le venían a las manos; los únicos que, por otra parte, parecían interesarle de veras.

Era Constantí un individuo de edad imprecisa, en torno a los treinta años, de pequeña estatura, carácter retraído y huidizo. Un estrafalario rasgo de

su vestimenta destacaba sobre otros y llamaba la atención: tanto en invierno como en verano solía usar una especie de *carrick* o redingote ligero lleno de grandes bolsillos por dentro y por fuera, expresamente ideados para llevar consigo los libros que a diario solía transportar. Nadie sabía a ciencia cierta qué estudios había cursado ni dónde, pues nunca hablaba de su pasado, como si éste estuviera esmaltado de indecibles turbulencias. En alguna ocasión oí comentar a Grassi que Constantí había pasado por el Seminario Tridentino de Tarragona, de donde, al parecer, acabaron expulsándolo por no se sabe qué trapacería. Sea esto cierto o no, el caso es que su gran pasión eran los clásicos, y en concreto Publio Virgilio Marón, de quien conocía al dedillo vida y milagros, así como estrofas enteras de sus obras de corrido. En su biblioteca menudeaban las ediciones virgilianas y, según decía, había llegado a reunir más de un centenar de *Eneidas* en toda clase de versiones y lenguas, tamaños y calidades. Su máxima aspiración, convenientemente aireada, era poder llegar a conseguir tantos *virgilibios* como días del año, a fin de poder dedicar entonces una jornada cabal al disfrute de cada una de las ediciones del Mantuano.

Las veladas de los filóbiblos duraban alrededor de un par de horas, en el transcurso de las cuales se conversaba sobre asuntos muy diversos, aunque siempre dentro del «universo librario», como decía el barón de Montbell. Las discusiones y controversias eran frecuentes, pero a pesar de la dureza de las posiciones y de la firmeza de los juicios,

nunca se perdían ni la compostura ni los buenos modales. Los más acalorados en el fragor de los debates eran don Bartolomé de Céspedes y el canónigo Casulleras. A ambos les encantaba disputar, y desplegaban para ello lo mejor y más granado de sus panoplias dialécticas. Tanto Grassi como Camprubí manteníanse más en un segundo plano y solían eludir la polémica, sobre todo el barón, cuya disposición al sueño en llegando cierta hora era cosa archisabida y tolerada por consideración a su avanzada edad. No obstante, sus opiniones eran muy tenidas en cuenta y en la mayoría de los casos tomábanse como sentencias definitivas, sobre todo en las disciplinas de su competencia. Constantí, por su parte, permanecía las más veces callado, como abstraído, y apenas intervenía en las discusiones, a no ser para rectificar o aclarar algún dato referente a publicaciones de clásicos, o a fin de cotejar la bondad de sus traducciones. Mi tío, como anfitrión que era, procuraba sostener una posición neutral y ejercía de árbitro de la contienda. Disfrutaba eso sí, soltando algún tema polémico con el objeto de que sus contertulios se animasen y se sintiesen espoleados a pronunciarse sobre el mismo, pero una vez desatada la discusión se limitaba a observar su desarrollo, hasta que la hora avanzada o el grado de fogosidad de la misma recomendaban su terminación.

Durante la reunión se servían pastas, tentempiés, refrescos y licores varios, y cada cual abastecía sus propias necesidades, según gustos: chocolate a la taza para don Prudencio, vino rancio de Falset para el barón de Montbell, ratafia para don Bartolomé, infusión de poleo para Constantí y yemas de Santa Quiteria para don Pascual.

Flotaba en aquellas reuniones un aire de complicidad y compañerismo fácil de detectar pero difícil de describir.



Sus rostros, ademanes, movimientos, latiguillos y usos se fueron fijando con fuerza en mi memoria. Y si he querido demorarme en su descripción es porque ellas ocupan aún un lugar indeleble en mi pensamiento. Vaya, pues, al recordarlos ahora, mi perenne gratitud; de ellos aprendí, ante todo, a conocer y apreciar los libros, hasta llegar a quererlos. Fue en aquellas inolvidables veladas y en mis visitas a sus domicilios donde me fui percatando, con no poco asombro, de muchas e interesantes cosas: de la existencia de famosos coleccionistas del pasado, como el príncipe de Essling, el canciller Agnæssau, sir Robert Cotton o el duque de La Vallière; de ejemplares rarísimos y muy buscados, como el segundo tomo del *Orlando pisano* o la *Blanquerna* valenciana, estampada por Joan Jofre en el 1521; de pesquisas obsesivas, como la edición del «muy donoso librito llamado *El Buscapié*», de Miguel de Cervantes. Gracias a ellos supe de encuadernaciones maravillosas e irrepetibles de muy grandes artistas del arte ligatoria de todos los tiempos, y comencé a distinguir un Canevari de un Maioli, un Florimon de un Clovis-Eve; a reconocer los tipos de letras y caracteres tipográficos según fueran *estafanos* o *elzevires*, *bodonis*, o *didots*; a diferenciar el chagrén del marroquín de Levante, el becerrillo del tafilete. Gracias a ellos empecé a familiarizarme con los grolierescos «hierros» *azurés* o los *pointillés* de Le Gascon y a valorar tanto el gusto geométrico de los mosaicos perfilados en oro de Padeloup *el Joven* como las encuadernaciones «pajariles» de Derôme, con su proliferación de volutas, cenefas, roleos, pinjantes, florones y —cómo no— de graciosos pajarillos. Allí escuché también con arrobo de neófito, relatos y anécdotas de todo jaez: engrosamientos, dispersiones y ruinas de grandes bibliotecas públicas y privadas; hurtos impu-

nes de valiosos ejemplares; sutiles engaños urdidos para la consecución de anhelados libros; muertes repentinas e indescifrables de propietarios y libreros; trágicos siniestros, hallazgos providenciales, pérdidas fatídicas, mil y una peripecias en torno a la búsqueda y posesión de los libros; grandezas y miserias, en fin, de la bibliofilia y de sus cultivadores.